

*Emma Colt*

A romantic couple is shown in silhouette, kissing on a beach. The scene is set against a vibrant sunset sky with orange and yellow clouds. The ocean waves are visible in the foreground, and the couple's reflection is cast on the wet sand. The overall mood is intimate and romantic.

MILUNA DE  
MIEL  
CONTIGO

Un encuentro inesperado. Una vieja llama. Una venganza por cumplir.

Cuando Sara se reencuentra con el hombre que le rompió el corazón doce años atrás, no puede imaginar que alguien acabará intentando matarla por su culpa...

Sara viaja sola a Providenciales con la esperanza de cargar las pilas y resolver su fuerte crisis personal. Sin embargo, el destino no se lo piensa poner tan fácil: allí coincide con él, con Javi. Él asegura que no es el hombre que ella cree, que es otro Javi. La verdad es que dice eso porque no puede confesar su verdadera identidad, porque hacerlo podría ponerlos en peligro a ambos.

Pero la prudencia de Javi deja de ser necesaria cuando alguien de su pasado reaparece dispuesto a cumplir una venganza pendiente. Obligados a huir juntos, y mientras una vieja e inconfesable pasión renace, Sara y Javi deberán emprender una investigación que amenaza con sacar a la luz oscuros secretos del pasado. Y hay alguien que no quiere que eso suceda

## Índice de contenido

Cubierta

Mi luna de miel contigo

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Agradecimiento personal de la autora

*Siempre para H.*

## Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para ti, lectora o lector, por confiar en esta novela.

Esta vez, además, quiero agradecer especialmente a todas aquellas personas que, después de leer *Cuatro días contigo*, han seguido de una manera u otra a mi lado, esperando pacientemente la llegada de *Mi luna de miel contigo*. Ha costado, pero al fin la tenemos aquí.

Para acabar, y como no, miles de gracias a H. por su infinita paciencia y apoyo incondicional. También al retoño de la casa, que cada vez comprende mejor las implicaciones de tener una madre escritora.

Espero que disfrutéis de *Mi luna de miel contigo*, una novela que siempre ocupará un lugar especial en mi corazón.

## Prólogo

—Malditos traficantes de dro...

Unos suaves golpes en la puerta lo sobresaltaron.

Se apresuró a mover el ratón de su ordenador para activar el programa de correo electrónico y así esconder lo que había estado haciendo. En la pantalla se desplegaron las decenas de mensajes que todavía no había leído. Normalmente a esas horas de la mañana ya los había revisado todos. Ese día, sin embargo, no había empezado como cualquier otro y su plan de trabajo habitual se había ido al traste.

Pilar, su secretaria, entró en el despacho con un dossier encuadernado en la mano.

—Aquí tiene el informe sobre el estado de las obras en el edificio del hotel, señor Martín —dijo.

Toni cogió el dossier que Pilar le tendía.

—Gracias, señora Vega —dijo, remarcando el «señora Vega».

Pilar no consiguió esconder una pequeña mueca de disgusto. Después elevó los ojos al cielo y resopló con fingida exasperación.

—Está bien. ¿Necesitas algo más, *Toni*?

—No necesito nada más. Gracias, Pilar —dijo él con una amplia sonrisa.

Ella se esforzó por no devolverle la sonrisa, pero fracasó en su intento y emprendió el camino hacia la puerta murmurando para sí.

Pilar tenía cincuenta y dos años y no soportaba que la llamaran «señora». A Toni tampoco le gustaba demasiado que lo llamaran «señor», pero su secretaria era de la vieja escuela y desde el primer día había insistido en utilizar esa formalidad. Los dos eran muy tozudos, porque hacía casi un año que la había contratado y ninguno de los dos se había dado por vencido.

En cuanto la puerta se cerró tras Pilar, la sonrisa se borró del rostro de Toni. Fingir que su día estaba transcurriendo como cualquier otro le estaba costando un gran esfuerzo, pero no quería que nadie notara nada extraño en su comportamiento.

Esa mañana, una llamada urgente de su padre lo había liberado de una de sus habituales pesadillas. El motivo era hablarle de una noticia de la que, hasta ese momento, Toni solo había escuchado hablar de pasada. Y allí estaba ahora. Después de tres horas leyendo artículos de periódicos, tenía tantas pestañas abiertas en el navegador que ya había perdido la cuenta.

Su móvil empezó a sonar. Le faltó tiempo para mirar en la pantalla el nombre de la persona que llamaba. Al fin. Llevaba toda la mañana esperando esa llamada.

—Hola, Bruno —respondió enseguida—. Muchas gracias por llamar.

—No hay problema, tío. A ver, he podido hablar con algunas personas y tengo una idea bastante clara del asunto. ¿Tú qué información tienes, exactamente?

—Cuéntamelo como si no supiera nada, por favor.

A pesar de todo lo que había leído en Internet, Toni prefería hacerlo así. Teniendo en cuenta que Bruno era policía, el hijo de un amigo de su padre, le parecía una fuente de información más fiable. Además, había algo tan absurdo en las acciones de algunos implicados que creía que había entendido algo mal o que le faltaban datos.

—Vale —dijo Bruno—. ¿Has estado en Porta alguna vez?

—No, pero la conozco. Ciudad de playa y veraneo.

—Exacto. Bien, pues hace un par de semanas, dos tipos mataron a un hombre que iba caminando por la calle. Supuestamente se trataba de una calle solitaria y lo hicieron de madrugada, así que estaban convencidos de que nadie los había visto.

—Pero había una mujer —apuntó Toni.

—Había una mujer. Esa fue su cagada número uno. Pero antes de seguir por ahí: los asesinos pertenecían a una banda de narcotraficantes. Al parecer tuvieron ciertas diferencias con otra banda, que se dedicaba a la trata de personas, y el asesinato era algún tipo de represalia. Lo que no ha salido en la prensa es que el tipo al que mataron era un policía infiltrado —explicó Bruno.

—Joder.

—Sí. Ellos no lo sabían, pero fue su cagada número dos. Y quédate con otro dato importante: uno de los asesinos es expolicía. Lo expulsaron del cuerpo por algún chanchullo de drogas —continuó Bruno—. Regresemos a la cagada número uno: la mujer. Al parecer, la mujer reconoció a los asesinos, porque los había visto antes en una discoteca.

—Kisses —dijo Toni, recordando el nombre que había leído.

—La misma —dijo Bruno—. Bien, pues aprovechando que la mujer los había reconocido, la enviaron con dos agentes de paisano a la discoteca para que ayudara a identificar a los asesinos. Con suerte, volverían a aparecer por allí. Y claro que lo hicieron, porque la discoteca era la sede central de los narcotraficantes.

Ahora Toni se preparó para prestar especial atención, porque llegaba la parte que no comprendía del todo.

—¿Recuerdas que te he dicho que uno de los asesinos es expolicía? —continuó Bruno.

—Sí.

—Vale, pues reconoció a uno de los agentes de paisano. Y, creyendo que les seguían la pista por el asesinato,

cometieron la cagada número tres: secuestraron al poli y a la mujer. A él querían interrogarle para ver qué sabía la policía del asesinato y después pretendían hacerlos desaparecer.

—¿Sabían que la mujer era una testigo?

—Qué va. Creían que era la novia del policía. Tuvo la mala suerte de estar allí cuando lo secuestraron a él.

—Vale —asintió Toni—. Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué les pareció buena idea secuestrar e intentar asesinar a un policía?

Bruno rio sin humor.

—Buena pregunta. Desde luego, no pasarán a la historia como los traficantes más listos de la historia.

Es decir, que Toni lo había entendido bien desde un buen principio. Arqueó las cejas y resopló. Todavía le costaba creérselo. ¿No les habría bastado con huir, tal y como habían intentado hacer cuando todo había salido mal? Malditos traficantes de drogas estúpidos.

—El caso es que la banda ha quedado desmantelada —añadió Bruno—. Los han detenido a todos y ya están en la cárcel.

«Pues bien merecido se lo tienen. Por estúpidos», pensó Toni, frustrado.

—En cuanto a tu padre... —siguió Bruno—, me temo que su nombre está sonando. Todavía no hay nada en firme, pero ha aparecido entre la documentación que se ha incautado. Yo me prepararía para lo que pueda venir.

Toni maldijo para sus adentros y se mordió el labio con fuerza. Necesitó un par de segundos antes de poder hablar con normalidad.

—Vale —dijo—. Gracias por todo, Bruno. Si alguien pregunta, negaré haber tenido esta conversación contigo.

Bruno dijo que él haría lo mismo, se despidieron y cortaron la llamada. Durante unos instantes, Toni no reaccionó. Se perdió en sus pensamientos.

Cuando su padre había llamado esa mañana, decir que estaba nervioso era quedarse corto. Al parecer, había permitido a la banda de Kisses que vendieran drogas en algunas de sus discotecas. A cambio de una generosa comisión, claro. Además, los había ayudado a trasladar droga por el país valiéndose de una de sus dos empresas de mensajería. También a cambio de otra generosa comisión.

Hacía muchos años que Toni se había desentendido por completo de los negocios sucios de su padre. También había intentado, sin éxito, que los abandonara, porque era cuestión de tiempo que alguno de ellos le estallara en las manos. Tal y como estaba pasando ahora. Y con lo mal que estaba su padre, era el peor momento en el que podía suceder. Tiempo atrás, su padre ni se habría inmutado ante este revés. Lo habría solucionado y punto. Ahora, sin embargo, era incapaz de gestionarlo, y le pedía a él que se ensuciara las manos para salvarle el culo.

¿Cómo demonios se suponía que debía solucionar este embrollo? Se pasó la mano por el cabello, nervioso. Solo de pensar en que su padre acabara en la cárcel se ponía enfermo.

Tenía dos opciones. Una era contratar un buen abogado e intentar resolverlo por la vía legal, aunque entonces dudaba poder evitar que su padre acabara en la cárcel. La otra opción era utilizar los contactos de su padre. El pensamiento le retorció el estómago y sintió náuseas. No quería hacerlo. Temía que, si volvía a entrar en ese mundo, después no conseguiría desengancharse. Quería a su padre, pero no quería formar parte de sus negocios corruptos. Ya no.

—Me cago en la hostia —maldijo, frustrado.

Recuperó el ratón de su ordenador y empezó a cerrar pestañas y más pestañas del navegador. Hablaría con un abogado. No era la mejor opción para su padre pero, por su propio bien, no se atrevía a hacer otra cosa.

La última pestaña que le quedaba por cerrar le llamó la atención. No contenía la noticia de un periódico, sino un breve reportaje sobre el caso. Era lo primero que había encontrado, pero no había llegado a mirarlo. Pulsó el botón de reproducir, por si acaso añadía alguna información distinta y que pudiera interesarle.

En los primeros minutos no había nada nuevo. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar al final, detuvo el vídeo bruscamente.

No podía haberlo visto bien.

No podía ser.

Pero estaba convencido de que sus ojos no lo habían engañado.

Mientras rebobinaba las imágenes, ese agujero negro y siniestro que llevaba nueve años formando parte de él se abrió de golpe otra vez. Con el paso del tiempo había ido retrocediendo hacia un rincón, empequeñeciéndose. Toni había conseguido seguir adelante con su vida, adoptando apariencia de absoluta normalidad, pero el agujero siempre había estado ahí, susurrando que la herida seguía abierta, provocándole pesadillas, impidiéndole encontrar alguien en quien confiar del todo. Toni no olvidaba. El agujero no olvidaba. Y ahora volvía a estar como al principio, con su boca completamente abierta, lleno de odio y sediento de venganza.

Pulsó de nuevo el botón de reproducir y el reportaje mostró unas imágenes grabadas clandestinamente: el momento en el que el policía y la mujer secuestrados se reencontraban con sus parejas y familiares. La grabación no era muy buena, pero...

Era él.

Alto, delgado, con unos rasgos que reconocería incluso cubiertos por una barba de Papá Noel.

Javier Bandama.

Nueve años. Nueve años de búsqueda infructuosa, de rabia contenida, de un dolor que nunca dormía.

Al fin, lo había encontrado. De la manera más absurda e irónica, por pura casualidad, pero ahí estaba.

Miró otra vez las imágenes en las que abrazaba a una mujer de cabello negro, supuso que la testigo del asesinato. Volvió a mirarlas. Otra vez. Y otra. Quería memorizar cada detalle de su aspecto actual, asegurarse de que, en cuanto lo viera, no dudaría.

Porque iba a matarlo con sus propias manos. Oh, sí, y esperaba hacerle sufrir. Mucho.

Pero no debía precipitarse. No podía actuar impulsivamente como hacía antes.

Primero de todo, tenía que localizarlo y averiguar todo lo que pudiera sobre él. Podría contratar a un detective privado, pero eso sería más lento y dejaría un rastro. No, no era la mejor opción. Al parecer, al final sí que iba a tener que recurrir a los contactos de su padre. Pero a él no le contaría nada. Todavía no. Se alteraría mucho y, si al final la cosa no salía bien, podría no superarlo. Se lo contaría cuando ya estuviera hecho.

En segundo lugar, trazaría su plan. Tenía que hacerlo meticulosamente. Su primer objetivo era anticipar los movimientos de Bandama. Solo así encontraría el momento ideal. Y, cuando lo encontrara, podría definir sus pasos para acabar con él de manera discreta, sin que nadie pudiera acusarlo de su asesinato.

El agujero negro que había vuelto a apoderarse de él rugió.

Había llegado el momento de la venganza.

## 1

*Hace doce años*

Sara abrió los ojos en cuanto se disparó la alarma de su despertador. En sus labios se dibujó una amplia sonrisa.

Al fin.

Se levantó de un salto, se vistió con la ropa que se había dejado preparada encima de la maleta y abrió la puerta con tanta energía que la ventana de su habitación vibró un poco. Se apoyó en el marco de la puerta, imitando la pose sexy de una súper modelo. Con lo bajita que era nunca le habrían permitido poner los pies en una pasarela, pero se sentía como la reina del mundo.

—Ya soy mayor de edad —declaró.

Desde la mesa del salón, Adam la miró, ceñudo.

—No me parece una buena idea —declaró.

—¿Hacerme mayor de edad? No es algo que pueda evitar, ¿sabes? —bromeó Sara.

Como respuesta, Adam farfulló algo incomprendible.

Durante unos breves instantes, Sara se sintió culpable. Su hermano había pasado toda la noche trabajando en la discoteca. El cabello despeinado y las profundas y oscuras ojeras lo atestiguaban. En esos momentos estaba desayunando, después se acostaría solo unas cuatro horas y se levantaría para ponerse a estudiar, porque estaba preparando las oposiciones para entrar en la policía.